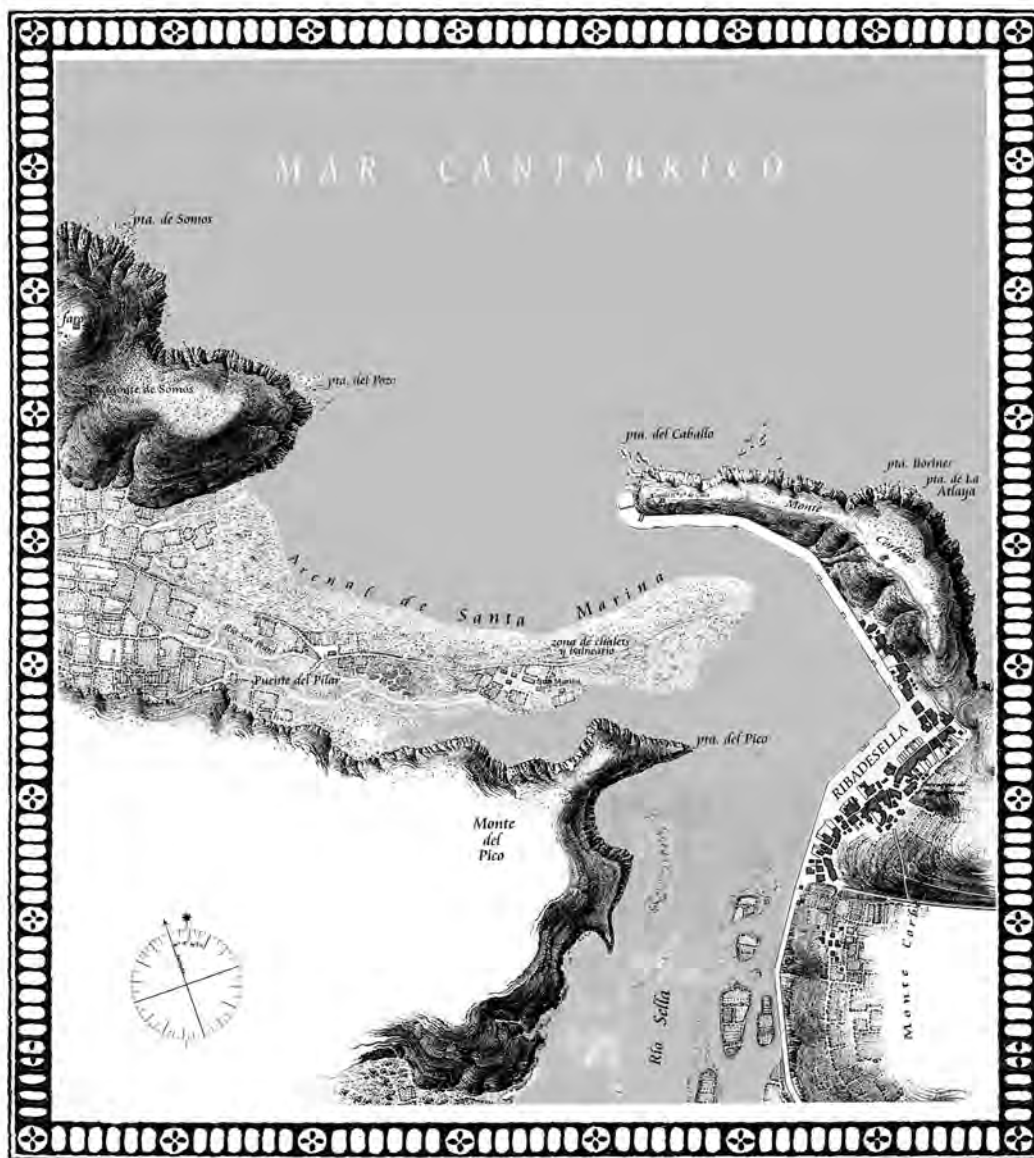


# Índice

Agradecimientos	11
Prólogo	13
Introducción	17
Fotografías	37
Epílogo	165



Mapa de Ribadesella levantado por la Comisión Hidrográfica de la Costa Norte de España y realizado por el teniente de Navío Pedro Riudavets. Fue publicado en 1878.

## AGRADECIMIENTOS

Covadonga Álvarez F., Fernando Codesal, Cecilia Colien, Clara Inés Blanco, Magdalena Gomís C., Jaime Martínez Pandiello, Luisa Pagán L., Juan Antonio Ureta, Carlos Villaquinto.

Asociación Cultural Amigos de Ribadesella (Alejandro y Marilar), Oficina de Turismo de Ribadesella, Biblioteca Digital Hispánica.

Al prologuista Juan José Pérez Valle, al equipo de La Librería, y a los editores de Tempora.



# PRÓLOGO



A pesar de que por sus atractivos Ribadesella fue una villa muy visitada desde la segunda mitad del XIX, no son ciertamente abundantes las fotografías que se conservan de ella correspondientes a aquella centuria y a las primeras décadas del siglo XX, por lo que la colección de Emmy Klimsch constituye, aparte de todo un descubrimiento para la historia gráfica riosellana, un testimonio único que nos permite ver, a través de sus ojos, aquellos aspectos que más llamaron su atención durante el breve tiempo que permaneció entre nosotros.

Ya han pasado casi cien años, pero la Ribadesella que Emmy conoció y que nos ha legado a través de sus magníficas fotografías, si se elimina el envoltorio que enmarcaba la época, no se diferenciaba demasiado de la actual. La capital municipal tenía entonces poco más de 2.600 habitantes, y sus actividades económicas estaban basadas en la pesca, la industria derivada de ella y de la manzana, con sus fábricas de conservas y de sidra, el comercio, tanto portuario como mayorista o minorista, el turismo, la construcción, y los servicios propios de una pequeña población, que se organizaba en torno a sí misma, rodeada por una invisible muralla de mutua incompreensión con su entorno campesino y rural, siempre autosuficiente y sumido en la tradición, a pesar de los inevitables vínculos que se establecían a través de los mercados semanales. La emigración hacia América, principalmente a Cuba y México, no se había detenido: algunos indianos habían regresado con importantes fortunas y su ostentación y triunfo constituía un espejo en el que casi todos se querían mirar, siendo el principal acicate para nuevas migraciones de jóvenes, sobre todo varones que así también lograban esquivar el servicio militar, de modo que no había familia en Ri-

badessella que por aquella época no tuviese parientes en América.

Por aquel entonces la villa riosellana estaba dividida en tres partes bien definidas, que a pesar del tiempo transcurrido han llegado hasta hoy. **El casco histórico**, que había sido diseñado por el paso del tiempo adaptándose a las sinuosidades del escaso terreno que dejaban libres las mareas, enmarcado entre las oscilantes aguas de la bahía y el monte, formado por avejentadas casuchas, entre las que destacaba algún que otro edificio de mayor empaque que podía lucir añejos blasones en su fachada, y con callejuelas de viejos nombres: Mayor, Oscura, de la Plaza, de la Bolera, del Cuetu, Sol...; lugar de residencia de las clases más populares: marineros, jornaleros, empleados o artesanos.

**El ensanche decimonónico**, situado en los terrenos que habían sido ganados a la ría durante la construcción del puerto (1784-1856), espacio que se había diseñado en forma de retícula, con calles rectas y espaciosas de modernos nombres: Gran Vía, Comercio, y amplias plazas como la plaza Nueva o la del Progreso, enmarcadas por buenos edificios, lugar al que se había desplazado la pequeña burguesía local formada por miembros de las clases medias e indianos retornados, y donde se habían instalado los servicios que una población norteña y turística, como era Ribadesella, necesitaba: modernos establecimientos comerciales, cafés, bancos, hoteles..., y almacenes al por mayor que miraban al puerto, que por aquel entonces se estaba ampliando a costa de la ría con la construcción de nuevos muelles que permitirían dar un mayor desahogo al mismo para el depósito de mercancías. A pesar de que la llegada del ferrocarril en 1905 había supuesto un serio varapalo al comercio portuario, tras el fin de la Primera Guerra Mundial la

actividad portuaria era desusada, gracias al embarque de carbón y caliza hacia otros puertos cantábricos, y a la llegada en cabotaje de buques con madera, cemento, maíz o sal. En cuanto al comercio exterior, finalizada la guerra, se pudo retomar la salida de minerales de hierro y manganeso procedentes de Covadonga que, en buques ingleses, daneses, alemanes, suecos, noruegos u holandeses, partían con destino a puertos europeos, principalmente a Inglaterra; y también de avellanas y manzanas. El trapicheo de productos con los rubios tripulantes de aquellos buques hacía que los niños riosellanos chapurreasen todo tipo de idiomas.

Allende la ría, se había desarrollado un nuevo barrio, que había nacido industrial y que acabó siendo plenamente residencial y turístico. Y es que Ribadesella, en la época en que Emmy la visitó, se había convertido en un centro turístico de primer orden. Los baños de mar con sus propiedades salutíferas, sus bellezas naturales y su clima suave durante el verano, constituían un atractivo para los miembros de las clases sociales más acomodadas. La construcción de los puentes sobre el Sella, el de madera en 1869 y el de hierro en 1898, permitieron descubrir aquel nuevo espacio, el **Arenal de Santa Marina**, con su extensa playa, espacio que comenzó a adquirir notable importancia tras la construcción en 1907 de los primeros chalés adosados destinados a alquiler, en uno de los cuales se hospedaría Emmy durante su estancia riosellana. La visión que tuvieron los marqueses de Argüelles para transformar aquel erial de dunas y convertirlo en lugar de descanso y destino turístico propició la construcción de nuevos chalés, entre ellos el suyo propio, y tanto debido a su iniciativa como a la venta de parcelas para que otros levantasen lujosas residencias de verano en las que el capital indiano estuvo

siempre muy presente. Las relaciones personales de los marqueses de Argüelles fueron determinantes para el éxito de aquel proyecto, sobre todo tras la visita del rey Alfonso XIII en julio de 1912, y después de otros miembros de la familia real. También contribuiría a ello la aparición de fotografías y artículos encomiásticos sobre Ribadesella en periódicos y revistas de tirada nacional, como *ABC* o *Mundo Gráfico*. A partir de entonces, Ribadesella no fue sólo un destino turístico elegido por familias de clases medias procedentes de Madrid, Oviedo y otras capitales de provincia: médicos, abogados, ingenieros, catedráticos, indianos, militares o funcionarios con ciertas posibilidades; también comenzó a ser visitada y ser residencia veraniega de ministros y miembros de la nobleza titulada (condes, marqueses, barones...), que fueron conformando una colonia veraniega de cierto empaque, con sus gustos, amistades y relaciones, que se mantenía separada de la población de la coqueta villa por algo más que un puente.

La pequeña urbe se había embellecido, y había adquirido el perfil de una ciudad en miniatura; una villa que durante el verano se transformaba, con su casino

y sus bailes «de sociedad»; su teatro Divino Argüelles en el que solían recalar compañías de teatro, zarzuela y todo tipo de espectáculos en gira por el norte de la península; con su balneario, situado en medio de la playa, capaz de proporcionar novedosos tratamientos a su distinguida clientela; las prácticas deportivas, como el tenis o el tiro de pichón; los restaurantes y terrazas... El habitual paseo alrededor de la plaza Nueva, lugar de audiciones musicales y bailes populares, se quedó pequeño y se amplió a toda la calle Gran Vía, para lo que en 1919 se iluminó adecuadamente toda ella. Fiestas populares, como la de Santa Marina, con su procesión marítima, atraían a cada vez mayor número de visitantes y las excursiones por los alrededores constituían otros de los muchos alicientes a los que Emmy no se pudo sustraer.

**Juan J. Pérez Valle**

Historiador, director de la revista *La Plaza Nueva*





# INTRODUCCIÓN



Dicen que los balnearios abren sus puertas a los fantasmas del tiempo perdido...

Mandaban los médicos de entonces, o sugerían, tomar baños en un puerto de mar y hacer uso de todos los beneficios de las instalaciones, más lo que ofreciera la propia naturaleza del lugar.

Lo que significó la villa de Ribadesella para Emmy Klimsch y su familia, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, y tras su regreso a España desde Berlín, se evidencia en el cambio en el rostro de Emmy, y en la sonrisa. De verla agotada, enferma, y con un aspecto de debilidad máxima, asoma su recuperación, gracias a un primer descanso en 1919, en Madrid<sup>1</sup> (su ciudad de residencia) y a los casi cuatro meses que vivió en la villa asturiana, en 1920, reunidos en estas fotografías. Es una especie de historia interna que fluye, teniendo como centro el espacio en torno al balneario.

La sucesión de imágenes muestra la aventura de viajar, la de conocer rincones y la amplitud serena de Ribadesella, y la de recuperar la salud y la calma en ese apacible y benefactor paisaje.

No fue intención de la familia Klimsch relacionarse con personas de gran categoría social, aún perteneciendo a cierta élite. De ser así, habrían elegido cualquier otro balneario del norte (ya eran famosos los de Biarritz, que rivalizaban con los de San Sebastián), de ambiente aristocrático, en los que sí primaba el prestigio, las influencias y el círculo de amistades. Por lo mismo, el archivo no contiene instantáneas de la villa «moderna», de los espacios más transitados acaso. Capta o atesora las callejuelas, los niños –las infancias–, las casas más

---

<sup>1</sup> Ver información, y reproducción de estereoscópicas, en *El Madrid de Emmy Klimsch, 1919-1940* (Temporae, Madrid, 2011).



Emmy, muy enferma, en su casa de la calle Serrano de Madrid, a finales de 1919.



Durante su estancia en el balneario de Ribadesella, ya recuperada, medio año después.

humildes –sus labores–, más el fluir cotidiano de la vida doméstica.

Era necesario recuperarse, leer, conocer, y disfrutar del aire puro, de personas amables y sin pretensiones epiteliales, conocer las laderas, caminar las montañas, entrar en los vericuetos de la villa, recorrer la costa, tantear el concejo al completo, acompañada casi siempre de su terrier Gitano, perro que fue trasladado desde Berlín, en el mismo barco, el *Frisia*, y que realizó los mismos viajes que el matrimonio Klimsch/Hause por toda España.

La comodidad para pasear y desplazarse lleva a Emmy, en sus idas y regresos, al uso de sus alpargatas, en ocasiones, y vestidos y blusas de algodón que, siendo de calidad y bellas prendas, no buscan ser sofisticadas ni pretenden destacar. Se recomendaba para las estancias en los baños las ropas de franela fina, y se sugería el uso de aquellas alpargatas como el mejor de los calzados, allí al norte.

Ya los balnearios eran tema literario, lírico por tanto; eran el decorado y hasta el sujeto de muchas novelas, obras de teatro y filmes. En una de estas estaciones balnearias de invierno, por poner un ejemplo, transcurre *Culpas ajenas*, película estrenada en España cerca de 1920, con un enredo de condes y condesas, y marqueses y marquesas: «La vida deslízase con esa falsa alegría que suele reinar entre gentes ligadas por una amistad del momento...», y que describía lo opuesto a lo que la familia Klimsch buscaba en Ribadesella: alejarse un tanto de la denominada sociedad elegante y selecta, que pertenecía al turismo más minoritario y elitista. Aunque es cierto que numerosas familias de una clase más que acomodada se reunían en aquel mismo barrio de veraneo de El Arenal, en la playa de Santa Marina, don-

de la familia Klimsch alquiló varias habitaciones, o una amplia estancia o apartamento.

Acaso este texto pueda servir para visualizar, es posible que con algún desacierto, cómo podía vivir un extranjero, o un forastero, aquellos meses de descanso de 1920.

El paisaje es lo primero que da la bienvenida al veraneante, al ocioso, al bañista..., así eran recibidos, como filtrado el lugar por los mil ojos de un entorno tantas veces descrito y vivido y narrado.

Se decía que la bahía parecía un lago de aguas quietas, el mar se oía y se oía, pero no se llegaba a ver desde el muelle, ya que lo impedía una larga fila de hoteles que terminaba con uno «muy atrevido», que obstaculizaba la vista y que servía de residencia a los marqueses de Argüelles. En esa descripción, un barco, de pabellón noruego o diferente, podía cargar o descargar carbón, arena, cal..., y otras embarcaciones estaban destinadas a la pesca o al traslado de visitantes y recién llegados. Lo mismo podía llegarse en tren, o cruzar un contundente puente de hierro, y por eso se decía que los riosellanos tenían un «arrogante puente sobre el río Sella». Aproximadamente, desde 1916, las compañías de ferrocarriles tenían establecido, en verano, servicios de billetes de ida y vuelta hacia los baños, a precios reducidos; 15 pesetas costaba el viaje en tercera clase, 25 en segunda... La oferta permitía llegar en barco desde Gijón, e incluía el precio de una estancia de nueve días.

Sea como sea que llegaran los Klimsch, los primeros días serían de «acomodo» y festivos.

Ajetreo, trasladar bultos, maletas e instalarse en el hotel, eligiendo la familia las dependencias o pequeños apartamentos individuales, y con vistas al mar, que se situaban en la playa de Santa Marina, próximos al actual chalé de



A bordo del *Frisia*, y Emmy con su cámara. 1919.

Llano... Existían villas para alquilar, pisos amueblados y hoteles independientes en las playas de Ribadesella, con agua potable y caliente, luz eléctrica y cuarto de baño, ya desde 1911, siendo el precio por temporada y alquiler entre 550 a 1.500 pesetas, por ese entonces.

Un restaurante como El Apolo, además de tener su comedor privado, se anunciaba para llevar a domicilio, en especial a los chalés de esta playa, comida por encargo para las reuniones familiares.

La situación, en España, era de inquietud generalizada, con reivindicaciones de marinos, maquinistas, cigarreras... Los conflictos sociales parecían ir en aumento, también en Europa, y con escollos por salvar. Mientras, en la villa, en enero de 1920, estaban en huelga los obreros, en el ramo de la construcción, en número de doscientas personas.

No por ello se interrumpía la vida, y se daba espacio para la diversión y el ocio. El primer cine de Ribadesella, en el mismo teatro Divino Argüelles, pasaba las sesiones habituales y mudas; primero, algunos noticiarios, luego una comedia de la compañía Keystone (*Florindo entre los gitanos*) y, para cerrar, aquello que llamaban la película de gran metraje, con el estreno de *París misterioso* (adaptación de la novela de Eugenio Sue), por poner un ejemplo de una sesión cinematográfica, además de los acostumbrados conjuntos de cámara, magos, contorsionistas y cantantes.

Pero subían las rentas un ciento por ciento, y las alzas fueron aún mayores en los aperos e instrumentos de labranza, circunstancia que debió de resultar muy difícil de sostener para los riosellanos.

La villa, si se caminaba o «callejeaba», estaba repleta de establecimientos, ventas de chocolate y café, sidra, ultramarinos diversos, despacho de loterías, tiendas con

lo necesario, terrazas, y bancos (al menos una sucursal del Banco Herrero y otra de Blanco Hermanos). Había carestía y desórdenes y desabastecimiento, pero Ribadesella tenía los problemas urbanísticos ya resueltos. El abastecimiento de agua, el alcantarillado, la electricidad, las ampliaciones del ferrocarril, fuentes públicas y saneamiento de la marisma en la ría, más la mejora de las comunicaciones fue lo que permitió que el «turismo» hacia la villa, y hacia el balneario, caminaran de la mano. Alcanzaba ese año de 1920 el máximo número de habitantes, en torno a los nueve mil (en el concejo), y aquello incluía, como desde siempre y en cualquier sociedad, a médicos cirujanos, boticarios, posaderos y fondistas, criados, maestros, labradores, jornaleros, ganaderos, comerciantes, banqueros o girantes...

Los veraneantes llegaban desde variados lugares de España y del extranjero. Algunos eran sujeto de las noticias de sociedad de ese mismo año: «...Los nuevos señores de Cañedo salieron en automóvil para Ribadesella, donde pasarán su Luna de Miel...». Se casaban María Pidal Guilhou (hija de los marqueses de Villaviciosa, y familia relacionada con el Banco Asturiano de Industria y Comercio) y Casto Cañedo y González Longoria (hijo de los finados condes de Agüera), que también hacían descanso en Ribadesella, «y entre cuyo vecindario tienen muchas simpatías y donde pasarán una temporada». Y para allá partió también, con la intención de vivir todo un verano, doña Rosario Fernández Albaladejo, viuda de García Alix. Era entre junio y julio, y la prensa no cesaba de informar de aquellos traslados: «Los marqueses de Argüelles y sus hijos, salieron de Madrid hacia Ribadesella, así como el doctor don Camilo Calleja y su familia», que tenían su chalé muy cerca del balneario. «...En las primeras semanas de julio, don Constantino Cabal